

Y ahora hablemos de la tinta que Paul de Casagnac desprecia tanto.

La tinta fecunda, en la tinta se halla la gran fuerza de la civilización. No ha brotado una sola idea sin haber sido regada por la tinta. De los tinteros de los sabios y de los escritores brota una soberbia flor, la flor soberbia del genio del hombre. Mientras que Napoleón nos ahogaba en sangre inútil, el tintero de Lavoisier y el de Gay Lussac creaban una ciencia, y del tintero de Víctor Hugo brotaba una literatura. Desafío á que me señalen proyecto humano alguno que no se halla desarrollado en una gota de tinta.

No es, pues, tan feo eso de tener manchados de tinta los dedos.

Hace mal Paul de Casagnac en hablar de los tinteros. Se cura una herida hecha por la espada y no se cura una herida hecha por la pluma. Y es que la espada es el arma de los músculos y no prueba absolutamente nada, mientras que la pluma es el alma de la inteligencia.

Talvez algunos hombres políticos se enfaden al mirarse en este espejo del duelista, y se llamen á si mismos hombres de acción, llamándonos á nosotros hombres de gabinete.

Veamos. Un hombre se halla solo en su gabinete, sin moverse, delante tiene un tintero, una pluma y un papel. Ese hombre es Rabelais, es Molière, es Balzac... Y en esa muerte aparente de los miembros, hay una acción que va á conmover al mundo, que va hacer adelantar los siglos y avanzar la humanidad, porque así el cerebro obra y trabaja por la moralidad.

Un hombre sé encuentra en el poder tiene la pretensión de hacer un pueblo. Ese hombre es Casimiro Perier, es Guizot, es Thiers. Y cuando ha llenado su